

Un Poeta Cumple Años

* * *

En una sencilla casa de la Avenida Las Heras, de Buenos Aires, junto a su esposa y su hija, un hombre celebra hoy cincuenta y tres años de vida. Puedo evocar el saloncito en donde este hombre, de amplia, cana y fina cabellera, y perfil de limpia línea mediterránea, recibirá hoy a sus amigos: cuadros, redes, tallas, objetos de plata, todo ello producto de la mano de algún artista conocido o de algún artesano popular, dan a aquel lugar un clima de cordial recogimiento. Dos toros de Pucará representan ahí la fantasía del peruano de ayer y de hoy. El dueño de casa estará en una silla, locuaz o silencioso —que de ambas maneras, alternadamente, suele expresar su sutil espíritu—, participando de la alegría que su presencia brinda a sus huéspedes.

Sobre una mesa habrá papeles, poemas de él y tal vez de Aitana, su hija, que posiblemente, ante la exigencia de los que con él comparten la noche, leerá con voz clara y entonación melodiosa. El acento andaluz pondrá en los versos del poeta el toque de gracia que en para ser sentidos como exclusivamente de él. Quien celebra la efemérides, quien recibe a sus amigos, quien escribe y lee, en ese saloncito de una modesta casa de la Avenida Las Heras, de Buenos Aires, hoy 16 de diciembre, es Rafael Alberti.

Un día como éste, de 1903, en Cádiz, en el Puerto de Santa María, veía la luz del mundo quien habría de ser uno de los poetas españoles más importantes de la generación que García Lorca tan brillantemente encabezó. Es Rafael Alberti. Nos ha hablado en muchos de sus libros, y especialmente en "La Arboleda Perdida", de su pueblo, de su familia, de su infancia, y ha dicho cómo el sol, el vino, el amor, la vida en suma, penetraron en su corazón para despertar allí el bello cántico que aún no concluye de componer. La Andalucía marina, la de olivares y pescadores, fluye en sus poemas exactamente como en sus venas, cuando vivía en ella y, también ayer y hoy, cuando el destierro ha ido señalando en su claro rostro las huellas de una nostalgia lacerante e íntima. En su refugio americano, Alberti evoca la patria, no porque Buenos Aires no haya sido para él generoso y abierto, sino porque, a despecho de todo alegato cosmopolitista, el lar natal es siempre, en el alma humana, como un llamado imperioso, como un incesante golpe que pide con apremio el único retorno que es triunfal.

Alberti, joven aún, paseó su mirada, empapada del azul de su puerto, por los museos de Europa. También ha dicho de su devoción hacia los maestros de España y de Italia. Y tomó los pinceles porque sentía que él era parte de esa tradición y que debía expresarse con el color del Greco, de Velázquez, del Tintoretto, del Angélico. Sin embargo, estaba cuajándose en su corazón un cancionero. Se llamaba "Marinero en tierra", que fue su extraordinario primer libro. De ahí a "Sobre los ángeles", y de "Sobre los ángeles" a "Retornos de lo vivo lejano", publicado recientemente, el itinerario ha mostrado un acendramiento en sí mismo, una compenetración con su propio mundo, una entrega a la belleza escrita, que es ahogo y esperanza, cuyas notas de luminosidad y patetismo, de verdad y pureza primordial, no habrá quien no admire.

En una sencilla casa de la Avenida Las Heras, de Buenos Aires, Rafael Alberti recuerda sus cincuenta y tres años. Recuerda a la España de sus años mozos, de sus luchas juveniles, de sus compañeros de letras, que un día la ráfaga de la más injusta guerra arrojó fuera despiadadamente. El cronista ha querido hacerse presente en la reunión del gran poeta, en la reunión del amigo, con unas cuantas cuartillas veloces, cuyo único valor es que son como un abrazo que le llega, a través de los Andes del continente, cargado de la emoción que sus versos, desde niño, fecundaron en su espíritu. Es ésta una buena ocasión para darle las gracias que le debe.

16/12/55 **Sebastián Salazar Bondy**